

diablo. Te dejo, porque me aguarda mi cortejo; no, quiero decir el cortejo del señor de Mayenne. ¡ Por vida mía! esa no es una beata.

— ¡ Hermano mío!

— Perdona, bello servidor de amor; no hago ninguna comparación entre esas dos señoras; estáte bien persuadido, aunque según lo que me has contado, prefiero la mía, ó más bien la nuestra. Pero me está esperando, y no quiero hacerla esperar. Adiós, Enrique, hasta esta noche.

— ¡ Hasta esta noche, Ana!

Los dos hermanos se estrecharon la mano y se separaron.

El uno, al cabo de doscientos pasos, levantó atrevidamente y dejó caer el llamador de una hermosa casa gótica situada en el atrio de la catedral.

El otro se metió silenciosamente por una de las tortuosas calles que van á dar al Palacio.

## VII.

*En que la Espada del bizarro Caballero tuvo razón contra el osal de amor.*

Durante la conversación que acabamos de referir, había llegado la noche, envolviendo en su húmedo manto de brumas la ciudad, tan bulliciosa dos horas antes.

Además, muerto Salcedo, los espectadores habían pensado en volverse á sus moradas, y sólo se veían algunos pelotones desparramados por las calles, en lugar de aquella cadena no interrumpida de curiosos

que, durante el día, se habían encaminado juntos hacia un mismo punto.

Hasta los barrios más distantes de la Greve, había restos de estremecimiento muy fáciles de comprender después de la larga agitación del centro.

Así, del lado de la puerta Bussy, por ejemplo, adonde debemos transportarnos en este momento para seguir á algunos de los personajes que ya hemos presentado en escena al principio de esta historia, y para hacer conocimiento con otros nuevos; en aquel extremo, decimos, oíase zumbar, como una colmena al ponerse el Sol, cierta casa dada de color de rosa y realizada con pinturas azules y blancas, que se llamaba la *Fonda de la Espada del bizarro Caballero*, y que sin embargo no era más que una hostería de proporciones gigantes, instalada recientemente en aquel barrio.

En aquel tiempo París no contaba una sola hostería buena que no tuviese su triunfante muestra. La *Espada del bizarro Caballero* era una de esas magníficas exhibiciones destinadas á reunir todos los gustos, á resumir todas las simpatías.

Véase pintado sobre el entablamento el combate

de un arcángel ó de un santo contra un dragón, lanzando, como el monstruo de Hipólito, torrentes de llamas y de humo. El pintor, animado de un sentimiento heroico y piadoso á la vez, había puesto en las manos del bizarro caballero armado de todas piezas, no una espada, sino una inmensa cruz, con la que partía medio á medio, mejor que con la hoja mejor templada, al desgraciado dragón, cuyos trozos destilaban sangre por el suelo.

En el fondo de aquella muestra, ó más bien de aquel cuadro, pues bien merecía este nombre, se veía multitud de espectadores levantando los brazos al aire, mientras que en el cielo extendían unos ángeles sobre el casco del bizarro caballero laureles y palmas.

En fin, en el primer plano, el artista, celoso de probar que conocía todos los géneros de pintura, había agrupado calabazas, uvas, escarabajos, lagartos, una limaza sobre una rosa, en fin, dos conejos, el uno blanco, gris el otro, los cuales no obstante la diferencia de sus colores, que hubiera podido indicar una diferencia de opiniones, se rascaban ambos la nariz, probablemente de regocijo por la memorable victoria alcanzada por el bizarro caba-

llero contra el dragón parabólico, que no era otraí que Satanás.

De seguro que, ó el propietario de la muestra era de un carácter muy difícil de contentar, ó debo estar satisfecho de la conciencia del pintor. En efecto, el artista no había desperdiciado una pulgada de espacio, y si hubiese sido preciso añadir un arador al cuadro, le habría faltado sitio.

Ahora, confesemos una cosa, pues por penosa que sea, nuestra conciencia de historiador nos impone esta confesión. No resultaba de esa bella muestra que la hostería se llenase como en sus bellos días; al contrario, por razones que vamos á explicar, había, no diremos á veces, sino casi siempre, grandes vacíos en la hostería del *bizarro Caballero*.

Sin embargo, la casa, como se diría en nuestros días, era grande y confortable; construída en cuadro, asentada sobre anchurosas bases, extendía soberbiamente, por encima de su muestra, cuatro torrecillas que contenían cada una su cuarto octógono, todo ello, aunque construído de madera, muy lindo y misterioso como serlo debe toda casa que quiere agradar á los hombres, y particular-

mente á las mujeres; pero en eso estaba el mal.

No se puede agradar á todos.

Tal no era, sin embargo, la convicción de la señora Fournichón, hostelera del *bizarro Caballero*. En virtud de esta convicción, había inducido á su esposo á dejar una casa de baños de la calle de San Honorato en que vegetaban, para dar vueltas al asador y medir vino en provecho de los enamorados de la enercujada Bussy, y aun de los otros barrios de París. Desgraciadamente para las pretensiones de la señora Fournichón, su hostería estaba situada un tanto muy cerca del Pré-aux-Clercs, de suerte que, atraídas á la vez por aquella proximidad y por la muestra á la *Espada del bizarro Caballero*, venían tantas parejas dispuestas á batirse, que las otras parejas menos helicosas huían como de la peste de la pobre hostería, temerosas del ruido y de las estocadas. Los enamorados son gentes pacíficas y que no gustan de que los incomoden, de suerte que en aquellas torrecillas tan galantes, había sido forzoso no hospedar más que soldados veteranos, y todos los Cupidos pintados en los tableros interiores por el pintor de la muestra, habían sido adornados con bigotes y otros apéndices

más ó menos decentes, por el carbón de los parroquianos.

Así, la señora Fournichón pretendía, y preciso es decir que no sin razón hasta entonces, que la muestra había traído la desgracia á la casa, y afirmaba que, si hubieran querido atenerse á su experiencia, y pintar encima de la puerta, en lugar de aquel fiero caballero y de aquel repugnante dragón que alejaban de allí á toda la gente, alguna cosa galante, como por ejemplo, el *Rosal de Amor* con corazones inflamados en lugar de rosas, todas las almas tiernas habrían elegido domicilio en su hostería.

Por desgracia, maese Fournichón, incapaz de confesar que se arrepentía de su idea y de la influencia que esa idea había tenido en su muestra, no hacía ningún caso de las observaciones de su hacendosa mujer, y respondía encogiéndose de hombros, que él, antiguo porta-cota del señor Dauville, debía naturalmente buscar la clientela de los militares; añadía que un *reitre*, que no tiene que pensar más que en beber, bebía como seis enamorados, y que aun cuando no pagase más que la mitad del escote, aun dejaba ganancia, puesto que

los enamorados más pródigos nunca pagaban como tres *reitres*.

— Además, — concluía, — el vino es más moral que el amor.

Á estas palabras, la señora Fournichón se encogía también á su vez de hombros, bastante rollizos para que se interpretasen malignamente sus ideas en materia de moralidad.

En ese estado de cisma se hallaban las cosas en el matrimonio Fournichón, y vegetaban los dos esposos en la enercujada Bussy como habían vegetado en la calle de San Honorato, cuando una circunstancia imprevista vino á cambiar la faz de las cosas y hacer triunfar las opiniones de maese Fournichón, para la mayor gloria de aquella digna muestra en que cada reino de la naturaleza tenía su representante.

Un mes antes del suplicio de Salcedo, á la salida de algunos ejercicios militares que habían tenido lugar en el Pré-aux-Cleres, la señora Fournichón y su esposo estaban instalados según costumbre cada uno en una torrecilla angular de su establecimiento, ociosos, pensativos y fríos, porque todas las

mesas, todos los cuartos de la hostería del *bizarro Caballero* estaban completamente vacíos.

Aquel día el *Rosal de amor* no había dado rosas.

Aquel día la *Espada del bizarro Caballero* había azotado el agua.

Los dos esposos miraban tristemente la llanura de que desaparecían, embarcándose en la lancha de la torre de Nesle para volver al Louvre, los soldados que un capitán acababa de hacer maniobrar, y mientras los miraban y se lamentaban del despotismo militar que forzaba á volver á su cuerpo de guardia á unos soldados tan muertos de sed, vieron á aquel capitán echar su caballo al trote y adelantarse, con un solo hombre de ordenanza, en la dirección de la puerta Bussy.

Aquel oficial, lleno de plumas, muy arrogante en su caballo blanco, y cuya espada con vaina dorada levantaba una hermosa capa de paño de Flandes, se halló al cabo de unos diez minutos frente á la hostería.

Pero como no era la hostería adonde él se encaminaba, iba á pasar de largo sin haber admirado siquiera la muestra, porque parecía cuidadoso y preocupado, cuando maese Fournichón, cuyo cora-

zón desfallecía con la idea de no estrenarse aquel día, se inclinó fuera de la torrecilla diciendo:

— ¡ Mira, mujer, qué hermoso caballo !

Á lo que la señora Fournichón, replicando como hostelera cortés, añadió:

— ¡ Y qué buen jinete !

El capitán, que no parecía insensible á los elogios, de cualquiera parte que viniesen, levantó la cabeza como si despertase sobresaltado; vió al hostelero, á la hostelera y la fonda, paró su caballo y llamó á su ordenanza.

Luego, sin apearse, miró con mucha atención la casa y el barrio.

Fournichón había bajado de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, y se mantenía á la puerta con su gorro enrollado entre las manos.

Después de reflexionar algunos instantes, el capitán se apeó del caballo.

— ¿ No hay nadie aquí ? — preguntó.

— En este momento no, señor, respondió el hostelero humillado.

Y se disponía á añadir:

— Sin embargo, no es ésta la costumbre de la casa.

Pero la señora Fournichón, como casi todas las mujeres, era más perspicaz que su marido; y por lo mismo, se apresuró á gritar desde su ventana:

— Si el caballero busca la soledad, la hallará completa en nuestra casa.

El oficial levantó la cabeza y viendo aquella buena cara después de haber oído esa buena respuesta, replicó:

— Por el momento, sí; es precisamente lo que busco, mi buena mujer.

La señora Fournichón se precipitó al punto al encuentro del viajero, diciendo entre sí:

— Por esta vez, el *Rosal de amor* es el que estrena y no la espada del *bizarro Caballero*.

El capitán que en aquel momento llamaba la atención de los dos esposos, y que merece llamar también la del lector, era un hombre de treinta á treinta y cinco años, que no aparentaba tener más que veintiocho, tanto era el cuidado que tenía de su persona. Era grande, bien formado, de una fisonomía expresiva y fina; quizás, examinándolo bien, se hubiera hallado alguna afectación en su continente; pero afectado ó no, su continente era distinguido.

Echó á las manos de su ordenanza la brida de su magnífico caballo, que manoteaba el suelo, y le dijo:

— Aguárdame aquí, paseando los caballos.

El soldado recibió la brida y obedeció.

Una vez dentro de la gran sala de la hostería, se detuvo, y echando una mirada de satisfacción en torno suyo:

— ¡ Oh, oh ! — dijo. — ¡ Una sala tan grande y ningún bebedor ! ¡ Muy bien !

Fournichón le miraba con una especie de asombro, mientras que la señora Fournichón le sonreía con inteligencia.

— Pero, — continuó el capitán, — debe haber alguna cosa en vuestra conducta ó en vuestra casa que aleja de ella á los consumidores.

— Ni lo uno ni lo otro, caballero, ¡ á Dios gracias ! — replicó la señora Fournichón, sólo que el barrio es nuevo, y en cuanto á los veceros, nosotros elegimos.

— ¡ Ah, muy bien ! — dijo el capitán.

Maese Fournichón se dignaba, durante ese tiempo, aprobar con la cabeza las respuestas de su mujer.

— Por ejemplo, — añadió ésta con ciertas guiñadas que revelaban el autor del proyecto del *Rosal de Amor*, — por un parroquiano como vos, dejaríamos gustosos once.

— Eso es muy lisonjero, mi bella hostelera, ¡gracias!

— ¿Quiere el caballero probar el vino? — preguntó Fournichón con su menos ronca voz.

— ¿Quiere el caballero visitar los aposentos? — dijo la señora de Fournichón con su más dulce voz.

— Uno y otro si gustáis, — respondió el capitán.

Fournichón bajó á la bodega, mientras que su mujer indicaba á su huésped la escalera que conducía á las torrecillas, en la cual arremangando su linda basquiña, le precedía haciendo rechinar en cada peldaño un verdadero zapato parisiense.

— ¿Cuántas personas podéis hospedar aquí? — preguntó el capitán cuando llegó al primer piso.

— Treinta personas, de ellas, diez amos.

— No es bastante, bella hostelera, — respondió el capitán.

— ¿Y por qué, caballero?

— Tenía un proyecto; no hablemos más de ello.

— ¡Ah, caballero! de seguro que no hallaréis cosa mejor que la hostería del *Rosal de Amor*.

— Del *bizarro Caballero*, quiero decir, y á no tener el Louvre y sus dependencias...

El extranjero le echó una mirada singular.

— Tiene usted razón, — dijo, — y á no tener el Louvre...

Y luego aparte:

— ¿Por qué no? — continuó. — Sería más cómodo y menos caro.

— ¿Dice usted, pues, mi bella señora, — repuso en alta voz, — que podría usted hospedar aquí treinta personas?

Sin duda que sí.

— ¿Pero por un día?

— ¡Oh! por un día, cuarenta y hasta cuarenta y cinco.

— ¿Cuarenta y cinco? ¡Por vida mía! es casualmente lo que necesito.

— ¿Verdaderamente? ¡Ved qué felicidad!

— ¿Y sin que eso cause escándalo afuera?

— Algunas veces, el domingo, tenemos aquí ochenta soldados.

— ¿Y no se agolpa la gente delante de la casa? ¿no hay ningún espía entre los vecinos?

— ¡Oh, Dios mío! no. No tenemos por vecino más que á un hombre que no se mezela en los negocios de nadie, y por vecina á una señora tan retirada, que durante las tres semanas que habita este barrio, no la he visto aún; todos los demás son gente de poca importancia.

— Me conviene admirablemente.

— ¡Oh, tanto mejor! — exclamó la señora Fournichón.

— Y de aquí á un mes, — continuó el capitán, — tenga usted esto bien presente, de aquí á un mes...

— ¿Entonces, el 26 de octubre?

— Precisamente, el 26 de octubre.

— ¿Y bien?

— Y bien; el 26 de octubre alquilo vuestra hostería.

— ¿Toda entera?

— Toda entera. Quiero causar una sorpresa á algunos compatriotas, oficiales ó cuando menos gente

de espada la mayor parte, que vienen á París á buscar fortuna. Para esa fecha ya habrán recibido el aviso de apearse en vuestra hostería.

— ¿Y cómo habrán recibido ese aviso, si les queréis causar una sorpresa? — preguntó imprudentemente la señora Fournichón.

— ¡Ah! — respondió el capitán visiblemente disgustado por la pregunta. — ¡Ah, si usted es curiosa ó indiscreta! ¡Parfandious!

— ¡No, no, señor! — se apresuró á decir la señora Fournichón espantada.

Fournichón había oído, y su corazón había latido de contento á las palabras: oficiales ó gente de espada; así corrió adonde estaban los dos interlocutores.

— Caballero, — exclamó, — seréis aquí el amo, el déspota de la casa, y sin oposición, ¡Dios mío! todos vuestros amigos serán bien recibidos.

— Yo no he dicho mis amigos, buen hombre, — dijo el capitán con altanería, — he dicho mis compatriotas.

— Sí, sí, los compatriotas de vuestra señoría; soy yo quien se equivocaba.

La señora Fournichón volvió la espalda de mal



humor: las rosas de amor acababan de convertirse en matas de alabardas.

— Les darán ustedes de cenar, — continuó el capitán.

— Muy bien.

— Y aun les darán ustedes cama en caso necesario, si todavía no hubiese yo podido preparar sus alojamientos.

— Á las mil maravillas.

— En una palabra, se pondrán ustedes á su entera discreción, sin el menor interrogatorio.

— Está dicho.

— Hé ahí treinta libras de arras.

— Negocio arreglado, monseñor; vuestros compatriotas serán tratados como reyes, y si queréis cercioraros de ello probando el vino...

— No bebo nunca vino, gracias.

El capitán se acercó á la ventana y llamó al que guardaba los caballos.

En este intermedio maese Fournichón había hecho una reflexión.

— Monseñor, — dijo (después de los tres doblones de oro pagados de antemano tan generosamente, maese Fournichón trataba al extranjero de

monseñor), — ¿ cómo he de reconocer á esos caballeros ?

— Es verdad, me olvidaba, ¡ vive Dios ! ¡ *parfan-dious* (1) ! déme usted lacre, papel y luz.

La señora Fournichón lo trajo todo.

El capitán apoyó sobre el lacre ardiendo el engarse de una sortija que llevaba en la mano izquierda.

— ¡ Mire usted ! — dijo, — ¿ ve usted esa figura ?

— Una linda mujer, á fe mía.

— Sí, es una Cleopatra. Y bien, cada uno de mis compatriotas le traerá á usted un sello igual. Así pues, usted hospedaré al portador de ese sello; que damos corrientes, ¿ no es verdad ?

— ¿ Por cuánto tiempo ?

— Aun no lo sé; ya recibirá usted instrucciones sobre eso.

— Las aguardaremos.

El hermoso capitán bajó la escalera, volvió á montar y partió al gran trote de su caballo.

Mientras llegaba su vuelta, los esposos Fourni-

(1) Dejamos intacto este juramento y algún otro de la misma familia para no quitarle su originalidad.

chón se embolsaron sus treinta libras de arras, con gran alegría del hostelero, que no cesaba de repetir:

— ¡ Gentes de espada ! Vamos, decididamente, no falta razón á la muestra, por la espada es por lo que hemos de hacer fortuna.

Y se puso á bruñir todas sus cacerolas, mientras llegaba el famoso día 26 de octubre.

## VIII.

## Silueta de gaseones.

No nos atreveríamos á decir que la señora Fournichón fué absolutamente tan discreta como le había recomendado el extranjero. Por otra parte, sin duda se creía absuelta de toda obligación hacia él, por la ventaja que había dado á maese Fournichón en cuanto á la *Espada del bizarro Caballero*; pero como aun le quedase más que adivinar que lo que se le había dicho, comenzó, para establecer sus suposiciones sobre una base sólida, por averiguar